

LOS PRIMEROS CUARENTA AÑOS DEL CNCR EN TRES LECTURAS

José de Nordenflycht¹

El aniversario de una institución cuya misión es la conservación del patrimonio cultural de todas y todos los chilenos no es un simple cumpleaños. Como si avanzar progresivamente juntando todos los trabajos y los días de un calendario fuera suficiente para dar testimonio de una celebración.

Nos acomoda más la palabra conmemoración. Ya que nos sugiere traer a memoria con otros y otras. Y digamos de entrada que en este lugar siempre hubo más otras que otros.

Conmemorar nos permite por un momento hacernos cargo del recuerdo de quienes nos antecedieron en estas labores, ocupados por el futuro del patrimonio de este pedacito de humanidad en donde nos tocó nacer y vivir. Por lo que volver a revisar esa historiografía del patrimonio en Chile es mi obsesión, que hora les comparto y por lo que sospecho me invitan a tomar la palabra.

Y es que para un historiador del arte que tiene la inclinación a leer el mundo que le llega a su escritorio, no podrían serle indiferentes las señales de ruta que hoy podemos organizar desde algunas publicaciones que, articuladas en secuencias por el orden que les dan las periodificaciones, terminan convirtiendo a las fuentes en los hechos. Y por eso quise traer como un modesto regalo a esta fiesta el recuerdo de tres fechas, situadas en tres lecturas y expandidas en el recuerdo de muchos y muchas, los que hoy son los ancestros de esta comunidad denominada CNCR.

1984

Un año antes de la creación del CNCR el sociólogo colombiano Jorge Betancur estuvo en Chile para trabajar en el primer diagnóstico de los Museos del país. El resultado de aquel ingente trabajo se publicó recién en 1984 bajo el título “Los Museos de Chile (Diagnóstico)” en un robusto libro editado por el museógrafo Santiago Aránguiz.²

Fue el mismo Aranguiz quien, en su calidad de Coordinador Nacional de Museos, promoviera la creación del Centro Nacional de Restauración del Patrimonio (sic), según se consigna en el histórico volumen, editado en el contexto del Proyecto Regional de Patrimonio Cultural Andino de UNESCO, liderado por el holandés Sylvio Mutal.

En ese volumen ya se consignan las nobles tareas de preservación del patrimonio bajo la rúbrica: “Conservación, Restauración, Seguridad”, en un capítulo cuya portadilla se coloca a página competa la fotografía en primer plano de un guardia de seguridad rigurosamente vestido de “celestes paquete de vela”.

Eran días en que el orden y la patria eran sinónimos. Y la preocupación por el cuidado del patrimonio cultural estaba muy en línea con el resguardo de su seguridad material, donde la atención por el almacenamiento, los depósitos y los archivos sobre determinaban la dimensión material del mismo. Lo que de alguna manera se inscribió en nuestros condicionamientos de aquellos años en que, como escolares, tuvimos disciplinadas primeras experiencias de visitas a los museos.

Muchos años después, cuando conocimos los laboratorios del CNCR en las Casas de Lo Matta, ya habíamos transitado de la dictadura a la postdictadura con la revelación de que esos primeros diagnósticos publicados en 1984 pudieron articular una planificación sobre la conservación patrimonial en nuestro país. Siendo una de nuestras fuentes más atesoradas hoy en día para la narrativa de esta historia que comenzaba en aquellos lejanos años ochenta.

1994

La actual directora del CNCR compiló junto a Mauricio Massone el volumen que se publica ese año bajo el título de “Patrimonio Arqueológico en Áreas Silvestres Protegidas”³, en cuyo índice comparte créditos con su antecesora la ingeniera Mónica Bahamóndez.

Esa publicación fue un hito, en tanto pasamos de los informes cuasi secretos de un proyecto financiado por Fondecyt, a un libro de amplia difusión con el respaldo de Centro de Investigaciones Barros Arana, en que se proponía por primera vez instalar la secuencia “sitio-material-museo”, para hacer de la necesidad declarada de trabajo entre arqueología y conservación patrimonial una realidad. Todo esto antes del reglamento de Arqueología de la Ley 17.288 que, como sabemos, desde 1999 impuso un reglamento a esa relación, no siempre virtuoso en sus efectos colaterales.

Nuestra directora con su lucidez y responsabilidad cívica característica, esa de enfrentar los problemas teóricos con la necesidad de nutrir a los prácticos y viceversa, declaraba:

“...para la gran mayoría de los habitantes de este país, el fenómeno de lo patrimonial se encuentra lejos de sus inquietudes inmediatas, de su cotidianeidad, de su diario vivir... la modernidad invadió como una vorágine todas las esferas de la sociedad en una búsqueda incesante del progreso futuro; desdibujando con ello

el sentido de continuidad histórica de los procesos de cambio y por tanto, el significado intrínseco de las manifestaciones patrimoniales en cuanto “soportes de una memoria individual o colectiva” capaz de contribuir a “la cohesión del grupo social en sus propias y necesarias transformaciones.”. ”

Párrafo en el que cita dos veces a Guillermo Joiko Henríquez, quien fue un conservador colombiano que trabajó con su coterráneo Betancur en el diagnóstico anteriormente mencionado, y quien termina siendo el primer director del CNCR desde su fundación en 1982 hasta 1988. Así se trenzan sentidos y afectos en esta institución.

2004

En 1997 aparece el primer número de la Revista Conserva, de la cual me enorgullezco de participar desde hace 10 años. En esos momentos el CNCR estaba bajo la dirección de Magdalena Krebs, quien la visión de promover una revista que permitiría no sólo difundir las actividades del Centro, sino que ir robusteciendo la discusión disciplinar convirtiéndose hoy en día en una de las revistas de referencia en la región latinoamericana.

De entre sus primeras entregas queremos mencionar el número 8 del año 2004, en donde se da cuenta de las complejas dimensiones que supuso radicar las actividades del CNCR en su actual sede, este lugar en que hoy estamos.⁴ En su índice vamos desde el “campo cultural” al “territorio”, pasando por disolventes y barnices, lo que de manera inequívoca marca un derrotero en el que la nueva casa solo sería el índice de un nuevo tiempo.

Y es que antes de la globalización, esta era una institución de fuertes lazos internacionales. Desde la participación como país miembro del ICCROM, los proyectos con el Getty, o las relaciones con el INAH, entre innumerables vínculos de inserción regional y global.

Pero también antes de las tecnologías digitales, esta era una institución análoga. Testimoniando que en el patrimonio lo real y lo virtual conviven en el mismo unísono de lo material y lo inmaterial.

Y también mucho antes de las comunidades empoderadas con su patrimonio, esta es una institución empática con los sujetos situados y sus afectividades, pues como decía el arquitecto francés del siglo XV Jean Mignot el “arte no existe sin la ciencia” (*ars sine scientia nihil est*), así mismo el patrimonio no existe sin la consciencia de las personas que lo imaginan para otros.

Por lo que no resta más que desear que estos primeros cuarenta años sigan dando que leer las generaciones futuras, para que un día lo que fuimos convierta la humildad del infatigable trabajo de conservar el patrimonio de otros en nuestro patrimonio.

Notas

¹ Doctor en Historia del Arte, Director del Departamento de Artes Integradas de la Universidad de Playa Ancha y profesor adjunto de la Escuela de Arquitectura UC. Autor de *Patrimonio Local* (2004), *Post Patrimonio* (2012), *Patrimonial* (2017) y *Variaciones Patrimoniales* (2022).

² Aranguiz, S. ed. (1984) *Los Museos en Chile (Diagnóstico)*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

³ Massone, M. y Seguel, R. (1994) *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas*. Santiago: Centro de Investigaciones Barros Arana, Dibam.

⁴ Krebs, M. (2004) "El Centro Nacional de Conservación y Restauración en la Recoleta Dominica." *Conserva*: 8 (5-30).